

Oscar Castro Intimo

Hace 25 años, el 1° de noviembre de 1947, falleció el poeta rancagüino Oscar Castro Zúñiga. Nadie, al mirarlo por primera vez, habría sospechado que ese hombre de mirada apacible y lentas actitudes, delgado, pulcro en el vestir, cuidadosamente peinado, era un poeta. En una familia de cinco hermanos, tres mujeres y dos hombres, el único escritor es Oscar.

—No sé de dónde he heredado esto —me confidenció un día. Todos mis parientes son prosaicos, negados para todo lo que sea arte o literatura.

Yo me sentía asombrado frente a ese fenómeno de la vocación artística. ¿Por qué este hombre de rasgos comunes, con estilizado perfil de gaviota o actitud de zorzal escuchando el tránsito de la lombriz bajo la tierra, había nacido poeta? En la vida corriente, Oscar Castro era un hombre de apariencia mundana, fumaba con **displacencia** y sus ademanes parecían los de una persona controlada, que vigila sus gestos y actitudes para mantener la corrección.

En la intimidad era diferente, chistoso, amigo de "calambours", ingenioso, exento de resentimientos, de envidias o de egoísmos, abominaba de los políticos y los calificaba duramente. Era anarquista sin militancia activa. Había leído a los clásicos del anarquismo: Malatesta, Prokotkin, Mella, Reclus, Nicolai, entre otros, libros que adquiríamos en una pequeña librería ubicada en la calle Carrera Pinto, de Rancagua, cuyo propietario, Hernán Barrientos, era un viejo y entusiasta anarquista, relegado a la Isla Más Afuera durante la dictadura del General Carlos Ibáñez del Campo y torturado por la policía hasta dejarlo lisiado por el resto de su vida.

Dueño de un temperamento sensible, hiperestesiado, poseía también el don de medir sus palabras para expresar su admiración. Sabía escuchar y hacerse escuchar. Carecía de poses, repudiaba las **frases hechas, los discursos, toda exuberancia verbal que huele a charlatanería, que utilizan los "hombres huecos"** —con o

los designa Thomas Elliot— para expresar sus menguados pensamientos.

Como también poseía condiciones de actor, divertía a sus amigos haciendo la "plantilla" de un brillante orador, de un político demagogo o de un "poeta barato"; su repudio y desconfianza a los políticos eran **más bien instintivos**; en cambio, amaba y respetaba al pueblo, comprendía sus dolores, sus luchas, sus miserias, sus aspiraciones, sus vicios, sus virtudes, y sentíase parte integrante del proletariado a pesar de su pulcra y correcta apariencia externa.

Cuando lo conocí, en 1929, el poeta era bibliotecario en la Biblioteca "Dr. Eduardo De Geyter" de Rancagua. Era un formidable lector y tenía buena memoria. Era difícil, muy difícil, que un poeta novel tratara de sorprenderlo plagiando un verso, una imagen o una idea ajena en alguno de los trabajos que sometían a su consideración. Oscar fruncía el ceño con un pequeño esfuerzo de memoria, ponía en movimiento algún minúsculo resorte del complicado engranaje cerebral y lanzaba su frase lapidaria:

—Esto, mi amigo, tiene dueño. Es de Fulano de Tal.

No admitía el saqueo a la propiedad intelectual. Exigía a los demás lo que se exigía a sí mismo: autenticidad, honradez, dignidad literaria, severa autocrítica. Oscar Castro, antes de ser bibliotecario, había desempeñado diversos oficios: repartidor de pan, administrador de un molino, secretario de un diputado pariente suyo, empleado de banco. En 1932 instaló una pequeña librería en la calle Independencia de su ciudad natal. Allí nos reuníamos un pequeño grupo de escritores e intelectuales pertenecientes al Grupo "Los Inútiles" a **charlar** con el poeta, a cambiar ideas, a hacer proyectos para el futuro. Resultó pésimo comerciante y hubo de liquidar el negocio ante la consternación del pariente que lo había ayudado económicamente en esa empresa comercial.

En aquella época conoció a Isolda Pradel. Fue un acontecimiento decisivo en su vida. Caminaba yo por la calle comercial de Rancagua, acompañado de Isolda, cuando

se produjo el encuentro con el poeta. Hice las presentaciones: "Isolda Pradel. El poeta Oscar Castro." Fue el comienzo de un idilio amoroso que terminó poco después en una oficina del Registro Civil y que dio un vuelco **profundo en la vida del poeta. A ella, en sus últimos momentos, le dedicó ese emotivo, profundo y hermoso poema que se titula: "Oración para que no me olvides"**.

Para ganarse la vida comenzó a escribir crónicas en un diario local y por las mañanas atendía un puesto de leche cuyo propietario era dueño de una nutrida biblioteca. Entre clientes, tarros de leche y libros, el poeta le hacía frente a la vida con optimismo. Lela con entusiasmo. Muchas veces, con un libro entre las manos, no se percataba de las personas que aguardaban para comprar leche y sólo se reintegraba a la realidad y a sus prosaicas obligaciones cuando se hacía oír la airada protesta de algunas imponente dueña de casa.

Oscar fue un hombre sobrio. El poker fue su único vicio. Isolda trataba de disuadirlo, preocupada de su salud. El poeta prometía enmendarse, pero el naípe lo hacía reincidir y olvidar sus promesas de no volver a frecuentar el Club. El poeta, seguramente, comprendía que todas las experiencias, aún las más extrañas y sórdidas, sirven de rico material para la creación literaria, de incentivo para alimentar la llama interna que a veces se convierte en hoguera que devora y destruye al creador.

Terminó como galeote burocrático en un Liceo de Santiago. La tuberculosis lo llevó hasta el Hospital El Salvador. Se le instaló en una pequeña pieza, aislado, para evitarle la dura realidad de una sala común. Murió el 1° de noviembre de 1947, a los 37 años. El primer amigo en verlo muerto, al ir a visitarlo, fue el periodista Renán Andrade, que en esa época pertenecía al Cuerpo de Carabineros. Su única herencia, sin testamento, fueron sus siete libros escritos en breves años. Junto a su mesa de trabajo, en Rancagua, tenía escrito un pensamiento de Nietzsche: **"Es necesario tener un caos adentro para producir una estrella"**.

Gonzalo Drago

Lo Nación, Spto. 1°-XI-72, p.3.